

# El Primer y Último Legado

Javier Andrés Arias Bernal

Image not found.

## Capítulo 1

La siguiente historia que saldrá de mis adentros y pesares, aconteció en otrora, en épocas ya pasadas por el olvido. No pretendo contarla con mis palabras, las mismas que ahora suenan algo gastadas, esa no será mi final intención; más bien, y si así me lo permite el buen lector que recién se abarca en este nido de letras, emprenderé el viaje de regreso a mi pasado, para que usted, quien habita al otro lado de todas las existencias posibles, pueda ser testigo de eso que habla mi dolor, y que así mismo, calla mi angustia.

Volver a mi pasado... ¿Está usted presto a tan licita empresa? Si no lo está, favor abstenerse de proseguir con el párrafo que le sigue a esta tan impertinente introducción, la cual bien valdría leer una vez más para reunir el coraje que es menester. De lo contrario, si usted buen leyente, en verdad quiere ir por la no menos recóndita y enigmática senda que le indico, hágase uno conmigo, basta que con su lectura siga dando lugar a esta realidad. Piénselo bien, pues tan sólo con que salte de este parágrafo al siguiente, usted se estaría introduciendo en un mundo fragmentado del que no habrá de salir. Este es el momento en que usted decide...

\*

Un fluido persa acompasaba el aire, alguien recitaba una poesía políticamente incorrecta que sólo rogaba algo de libertad. Acacio Fernández se abría paso, como podía, por entre una muchedumbre presurosa y febril, un mar de compradores y vendedores, que como un desordenado vaivén de olas, iban y venían sobre cuántos puestos ambulantes proliferaban a lo largo y ancho de una popular plaza de Teherán.

El joven había llegado a Irán, una semana atrás, por el mandato de su padre, quien había mandado al hijo a que finiquitara unos negocios en su nombre. La familia Fernández se proponía a incursionar en el mercado de las alfombras en América, y era preciso importarlas de tan afamado país en lo que al tema en cuestión se refiere.

Acacio se disponía a partir esa misma noche rumbo a su patria, pero antes, y como tanto lo deseaba, no quiso perder más tiempo en compromisos laborales, y aprovechó esos últimos y únicos momentos libres para recorrer el Gran Bazar, un antiguo e histórico mercado de aquella ciudad que le era tan romántica.

Sin duda, la excelsa joya de la capital iraní era ese abarrotado mercado persa, en el cual, se podía encontrar todo lo que a la imaginación le

provocase y antojase. El Gran Bazar se había anidado en plena plaza de Arg, la cual se ubicaba al sur de Teherán, y se dividida en varios corredores serpentinicos, cada uno especializado al comercio de diferentes tipos de bienes.

En el ambiente se arremolinaban toda variedad de esencias y sensaciones, las cuales arrebatában suspiros junto con unas inesperadas, libertinas e imprudentes ganas de hacer el amor allí mismo, en el asfalto derretido y tostado por un sol tan erótico como desenfrenado. Sí, su corazón tenía un gitano presentimiento, por ello, y sin saber en qué esquina de aquella plaza podría encontrar su felicidad juvenil, Acacio buscaba con el frenetismo de un colibrí de puesto en puesto, de tienda en tienda, algo en que desbordar las sutilezas de sus impulsos; pero más que nada, anhelaba verter sobre sus labios los melifluos menjurjes de una inesperada y contundente compañía.

Acacio se adentraba cada vez más en pasajes que parecían ser las estancias de un alcázar, cuyos muros de piedra, mármol y hasta de ladrillo, se fortificaban, tal vez, de las arenas indescifrables de los desiertos. Lo cierto es que las espaciosas galerías de aquel zoco, se recubrían de un vetusto resplandor.

El bazar se componía, pues, de altas bóvedas por donde se filtraban los rayos de una luz marcial; por soberbios arcos, grabados con finos detalles como florituras y geometrías arabescas; de acabados palaciegos que bien podrían decorar los aposentos de alguna cincelada deidad; así mismo se entreveían ventanales cuyos cristales adiamantados y coloridos, eran como aljófares custodiados por finísimas celosías; poseía patios en donde se asentaban los comerciantes ambulantes con sus palios polvorientos a ofrecer jarrones, reliquias, antigüedades, granos y grajeas, junto a fuentes de danzante agua que en vano intentaban refrescar el bochorno que empapaba a la incesante caterva de traficantes. Finalmente, el mercado se enriquecía de sendas columnas decoradas con motivos vegetales al estilo egipcio, que se erguían como pilares de una tradición que aún hoy sobrevive, pues sobre los lomos de las bestias talladas en piedra, que en ellas reposan, siguen descansando las vigas de la cubierta que todavía da cobijo tanto a vendedores como a compradores, y así lo había hecho con sus antepasados, con los antecesores de estos, y con los progenitores primeros de cuanta extirpe ha perdurado en la ciudad.

Toda variedad de ricos e insólitos productos se vendían tanto en los locales, que no eran más que cámaras interiores en los túneles del bazar, como en los toldos amarillentos, a razón de las doradas garras del astro allamarado. Por aquí, por allá y por acullá, se ofrecían desde exóticos frutos hasta animales que colgaban despellejados; todo género de prósperos metales como el oro, la plata y el cobre; toda suerte de relojes, lámparas, brocados, tapices, baratijas, vejestorios, elixires y cualquier variedad de pócimas; y por supuesto, no hay que olvidarse de las

finísimas y valiosas muestras de la joyería local que allí se ofrecían entre tanta ropería y romería. En fin, todo esto hacía parte de la oferta de este tan peculiar mercadillo. Por todas partes aparecían vendedores diestros en el arte de engatusar a cuanta persona transitaba por allí, ofreciéndoles incluso aquello que no necesitaban; no había cosa que no vendieran los Bazaris —designación dada a los dueños de los negocios —a causa de su porfiada insistencia. En conclusión, el gentío que allí se aglomeraba, era una densa criatura de mil cabezas, y por ellas pasaban toda clase de mercancías que iban y venían de mano en mano hacia las zarpas de sus nuevos dueños o simplemente de regreso a sus escaparates.

Tal vez no se ha mencionado, pero el Gran Bazar, a lo largo de sus muchos siglos, había crecido como una ciudad dentro de una ciudad, era por ello que sus laberínticos e intrincados pasajes habían hecho que Acacio fuera víctima fácil de la desorientación. La arquitectura del lugar se lo tragaba sin que él fuera capaz de percatarse de ello. Sin darse cuenta se había perdido, y el joven empezaba a intuirlo, pues ya no se veían tiendas, mezquitas u hostales. Las multitudes se habían quedado atrás, ahora se encontraba en una zona casi que abandonada, y podía sentir que las miradas delineadas que muchas mujeres le lanzaban por debajo de sus velos, le advertían precaución. Aun así, sentía la necesidad de encontrar a alguien a quien profesarle, aunque fuera sólo por un momento, la inmortalidad de su juventud, esa misma que sentía tan fugaz.

Un brillo, bien valdría decir que brutal, le arrebató a Acacio el sentido de la mirada. Inesperadamente se encontró frente a una antigua cámara, pero esta era como ninguna otra que antes haya visto. Era un tugurio, o especie de cueva delimitada por una enmohecida rejilla de oro; su interior se iluminaba por la fuerza lumínica de un par de velas que más oscuridad daban que luz. En las muy viejas vitrinas, y en los carcomidos y polvorientos aparadores, se esparcían un sinfín de objetos irregulares sumidos en un desorden caótico; artilugios elaborados a sazón de preciosos metales que destilaban un brillo imposible de ignorar, el mismo que al joven había encandilado. En el pasillo no había más locales, sino otras mazmorras abandonadas y clausuradas, todas revestidas de un tufo de olvido y de maldición; sin duda, Acacio había dado a parar en la sección prohibida del Gran Bazar, de por sí, más lúgubre que inspiradora.

Acacio se percató en los extraños objetos diseminados por los estantes y mostradores. Aquella gruta casi que subterránea, ofrecía finos artefactos tan antiguos como misteriosos, algunos de los cuales eran complejos dispositivos que serpenteaban o silbaban como por arte de magia, y que lucían sendos grabados de enigmáticos símbolos de culturas anteriores al hombre, o por qué no, ulteriores a la humanidad. Intrincados engranajes de plata tales como estrambóticas balanzas, estrafalarios relojes y alocadas brújulas, destacaban entre el desorden junto con lámparas de aceite, doblones, campanillas, finísimos astrolabios y toda una variedad de complicados mecanismos de navegación náutica y espacial, puesto que

también abundaban excéntricos telescopios dorados e irrisorias representaciones de sistemas solares, entre ellas globos terráqueos y universos inimaginables que pululaban por aquí y por allá, sin dejar de girar con el impulso de una indescifrable corriente de aire que se colaba en el ambiente. Del mismo modo, se alzaban por todo el lugar esperpentos y adefesios de bronce que en realidad eran estatuas, efigies y tótems de vaya uno a saber qué tipo de deidades.

Valga decir que muchos de estos oníricos artefactos, eran enseres tan desconocidos como surreales y futuristas. Delicados utensilios giraban y despedían ligeras bocanadas de un humo purpureo que revestía a muchos otros hilarantes inventos. Acacio observaba entre ellos, un viejo radio que no dejaba de prorrumpir un estridente ruido de sintonización, y que se mezclaba con el compás de inconcebibles instrumentos musicales que emitían una débil, pero contundente, musicalidad. Y así, entre muchas otras fabulosas máquinas y quiméricos artilugios, descansaba un armario atiborrado de libros prohibidos, en cuyas rusticas encuadernaciones se leían títulos fantásticos en persa, pero también los había escritos en lenguas muertas y celestes.

Un nigromante anciano apareció en escena. El sujeto lucía un turbante color marrón y un jade turquesa parecía incrustado en su frente. Vestía una bata de químico frustrado y una barba blanca y rala, toda ella en perpetuo desorden. Las manos le temblaban mientras se acomodaba sus lentes circulares de exageradísimo aumento, para así poder contemplar con detalle al joven que husmeaba sus tesoros. Tras preguntarle en persa el porqué de su impertinencia, el viejo se percató de que Acacio apenas si balbuceaba un par de palabras en su idioma, y sin más, adoptó un fluido español para proseguir con su interrogatorio:

—Joven, ¿se le ha perdido algo por estos lares? —preguntó el sabio, al tiempo que su mueca de curiosidad le arrugaba la nariz, y se acomodaba una vez más sus anteojos, los cuales, inmediatamente, se le volvían a resbalar por el tabique.

—No, para nada. Tan sólo me perdí —respondió Acacio, asombrado del buen castellano de su interrogador.

—Muchachito, esa es una respuesta muy ligera —sentenció el anciano, quien lo castigó con una mirada de desaprobación y de superioridad.

Acacio decidió ignorarlo y seguir con su camino, pero tan pronto se dispuso a hacerlo, explotó un objeto que el viejo estaba manipulando. Con la intención de socorrerlo, puesto que las barbas del erudito se prendieron con el fogonazo, el muchacho abrió las rejas doradas y con lo primero que pudo intentó apagar el fuego. Una vez que las llamas se disiparon y un olor a pelo chamuscado impregnó la tienda, el nigromante estalló en risas

estridentes.

—No hay de qué afanarse —replicó el vejete en cuanto recobró la compostura—. Son reacciones normales, atribuidas a los efectos y consecuencias de cualquier práctica de interés científico y experimental.

No era de extrañar que el sujeto hablara de tal modo, pues Acacio pronto comprendió que él era el inventor de muchos de los ingenios que allí se veían.

Al ver los gestos de extrañeza de Acacio, el de la barba quemada se sintió ofendidísimo, así que cerró los ojos, sacó pecho, y entonces dijo:

—Soy Arasto el Deslenguado, famoso científico, a cuyo orgullo me acredito la invención de cuantas preciosidades y soberbias se resguardan en esta, mi tienda, donde acude todo aquel que sabe que en mis manos debe reposar cualquier objeto mágico y misterioso, cuyas cualidades yo sabré reproducir en inventos que hagan el bien a las generaciones venideras.

Sin duda, el personaje estaba más que loco, y así lo pensó Acacio, quien no se resistió en preguntar lo que a continuación se relaciona:

—¿El Deslenguado?

—Correcto —puntualizó Arasto, englobándose cada vez más en orgullo y pedantería—. El Deslenguado, por qué bien sabe el que me conoce, que una noche mientras dormía entre los periódicos de la pocilga a la que el destinó me confinó, una astuta rata hubo de mordisquear la lengua de quien muy placido se encontraba roncando con la boca abierta.

Acacio no pudo contener la risa, ni mucho menos el asco, entonces se percató de que la lengua del sabio Arasto tenía un par de ligeros mordisquillos.

—Puedo intuir por tu pueril reacción, amigo mío —dijo el Deslenguado—, que ya diste con el signo de mi desgracia. Pero he de decirte, que no sólo me llaman así por el apetito inoportuno de un roedor. El Deslenguado también soy, porque no suelto prenda alguna de los secretos que guardan los objetos que muchas señorías han depositado en mi confianza y saber.

Acacio se dispuso a salir de la tienda, totalmente desinteresado en lo que escuchaba. Al ver esto, Arasto el Deslenguado se propuso a retener la escurridiza atención del muchacho.

—Y son solemnes los secretos, ricos los enigmas y mágicas las bondades de cuantas rarezas se me han dado a guardar —decía el de la lengua mordisqueada para capturar el interés de Acacio, que más parecía

ignorarlo—. Basta con echar una ojeada al tan hermoso espejo que yace a sus pies.

El joven, que se marchaba ya, ni se inmutó en la arenga del viejo, mas sin embargo, al no advertir los muchos objetos que tenía que sortear en el camino, se golpeó en la pantorrilla derecha con lo que parecía ser un marco irregular.

Semejante fue el alarido que el Deslenguado entonó, que Acacio se pasmó, temeroso de haber estropeado alguno de sus ridículos inventos.

—El que no te importe —masculló Arasto—, no quiere decir que puedes mancillar semejante artilugio. Ese pues, es el espejo al que me refería, quizá y sea la joya de mi colección.

Ante tales reclamos, Acacio se detuvo un momento a contemplar el espejo, pero no tardó mucho en creer que el Deslenguado era un loco sin remedio, ya que el marco con el que había tropezado no reflejaba cosa alguna, es más, no tenía ni siquiera superficie, era como un cuadro sin lienzo. De repente, Acacio se percató de algo más. Un objeto tridimensional se percibía en el fondo de aquel delicado recuadro, y se podía apreciar dependiendo del ángulo desde el que se miraba.

—Has descubierto lo curioso de este artefacto —sentenció Arasto—. Alguna vez fue un espejo, pero se quebró para siempre. Ahora lo sigue siendo, sólo que refleja de forma más descarnada al mundo, a la humanidad, ¿no ves que es vacío y hueco?

Acacio seguía escudriñando el marco, ubicándose desde distintas posiciones para poder distinguir con más precisión lo que intentaba observar.

—¿Quién lo quebró? —preguntó Acacio, intuyendo que el inventor no era tan reservado como había dicho.

—Su antiguo dueño —fue la respuesta de Arasto.

—¿iEs una escalera lo que veo!? ¿iCómo puede ser posible!? —preguntó un Acacio incrédulo.

En efecto, dentro del marco vacío había una escalerilla.

—El espejo de Etnoreconir y sus inagotables delicias —sentenció el lunático que se hacía llamar el Deslenguado, por el simple hecho de que siempre se le iba la lengua más de la cuenta—. Hecho a partir de las mismísimas lágrimas del Dios de todos los universos, quien lloró de alegría al ver su creación ya realizada. Se dice que siempre ha existido, desde que existió la primera cosa que reflejar. Pero maldito fue el hombre

que en él se proyectó, pues sólo el Creador podía verse a través del espejo, desde el cual observaría toda la existencia, la misma que sería su fidedigno reflejo. El espejo de Etnoreconir cayó en manos de un soberbio rey que osó verse en su superficie de plata. En ese momento la humanidad se sentenció, puesto que el hombre quiso verse así mismo como el dios dador. ¿Qué vio aquel monarca? Algo que sin duda excitó su codicia, pero nunca se sabrá, porque en ese preciso momento el cristal se fragmentó en millones de esquirlas, una por cada día que hemos de vivir; por su parte, aquel emperador se convirtió en un débil soplo de arena. Así fue como el marco quedó desnudo de su lamina, y allí, en el fondo, se alza una imponente y curiosa escalera, que bien podría conducir a la morada de la Divinidad. En sus profundidades se encuentra un fruto virgen, la redención de nuestro existir, un preciado saber que debe resguardarse y protegerse, aunque haya quedado expuesto y vulnerable; por tanto, en los adentros del marco reposa la inspiración de inspiraciones, la quintaescencia de todo reflejo.

Fue el impulso de su juventud, y sus blasfemas ganas de inmortalidad, lo que sin duda indujeron a Acacio a insertarse en el marco. Una vez dentro, empezó a correr hacia las antiguas escalinatas, las mismas que pronto conquistó. Frente a sus narices se recreaba un inmenso y colosal mándala, tal como si fuera un laberinto tridimensional irradiado de divinas luces de colores impensables, cuya senda se hacía confusa e inestable.

El muchacho vagó luengos años por aquellos confines oníricos, hasta que por fin se halló ante la presencia de la Totalidad. Un fatigado y longevo Acacio, se postró ante un imponente rinoceronte que lo observaba apaciguado. La bestia era el guardián del secreto primario de lo que se pensó, se piensa y se pensará. Al animal se le había dado a guardar la causa de todas las causas; el efecto de todos los efectos. Semejante legado reposaba en su cuerno principal, el cual brillaba a los soles de todos los cosmos. Esa cornamenta contenía la idea máxima, por ende, en ella se comprendía el universo mismo.

El guardián había estado a la espera del hombre, temeroso de ser encontrado por la terca sed que destilaba el anciano, quien se lanzó vil y canalla a lacerar al noble rinoceronte que apenas si se defendió. Cegado por querer recuperar la juventud que se le esfumó entre su codicia, Acacio mutiló al vencido, y arrancó con sus propias manos el preciado cuerno del mamífero celestial. Aborrecido de sí mismo, quiso apuñalarse con el divino filo del miembro robado, pues había llegado al vórtice de lo etéreo sólo para corromper la vida, pero antes de que llevara a buen término su suicida intención, el cuerno se pulverizó en infinitos átomos. Un universo, con sus génesis y apocalipsis, por cada uno de los fragmentos que con violencia atravesaron y deshicieron el cuerpo de quien se levantó en contra de lo indescifrable.

\*

Aún y me culpo de haberme mirado en aquel espejo. Fue mi codicia la única que condenó a cada vástago que parió la humanidad después de mi canallada. Fruto de mis errores, fue el tal Acacio, quien penetró por la senda divina que yo revelé e hice accesible. Los dos somos hijos del hombre, especie que cava el hoyo que ha de servir de tumba para su progenie. Hay verdades que no deben de perseguir los padres, pues no habría misterios para las criaturas descendientes, y a esa conclusión he llegado después de pensar y pensar durante milenios dentro de esta esquirla a la que me confinó el destino. Aquí, en mi prisión, yo sigo existiendo, aunque hace mucho que el tiempo caducó. Cada fragmento del espejo de Etnoreconir que yo rompí, representaba un día de existencia, en el momento en que Acacio deshonoró el cuerno divino, ya no quedaban más pedazos por contar. Puede que yo siga existiendo, porque aunque todo acabó, todo volvió a empezar, pues infinitos fueron los fractales en los que se pulverizó el primer y último legado.